

GRAN SUPER TERROR

HORROR 5

Lo mejor del terror contemporáneo

STEPHEN KING
y otros

Selección de Edward L. Ferman
y Anne Jordan



The Magazine of Fantasy & Science Fiction ha gozado, desde sus comienzos, de la reputación de ser una de las publicaciones más respetadas en el género de la ciencia ficción, la fantasía y el terror. En esta antología se presentan las obras de ficción terrorífica más excepcionales publicadas durante los cuarenta años de historia de la revista.

Introducción

Un amigo mío, que escribe relatos de terror, se queda paralizado de miedo ante la idea de entrar en uno de esos ascensores de cristal que se deslizan por las paredes de los edificios. No ha podido asistir a muchas citas o acontecimientos porque es literalmente incapaz de meterse en un ascensor semejante. A mí no me entusiasman las serpientes y los insectos, y cuanto más grandes son más rápido me muevo... en dirección opuesta. ¿Creo realmente que esa araña suspendida ante el cristal de mi ventana, que posiblemente mide un milímetro, va a volverse repentinamente feroz, que se lanzará sobre mí y me barrerá de la superficie de la Tierra? Intelectualmente, no. Bueno..., quizá.

El motor del miedo es implacable, subjetivo, y utiliza como sustancia combustible la imaginación. Todos podemos imaginar situaciones del tipo «y si», pero hace falta auténtico talento literario para convertir dicho «y si» en un relato que tenga calidad y valor. Mientras yo retrocedo ante un insecto, una escritora como Lisa Tuttle está convirtiendo mediante su arte a dicho insecto en toda una historia muy terrorífica como «La casa de los insectos». Cuando se habla de relatos de terror, la pesadilla de una persona es la inspiración de otra, y en estos días el tema de un relato de terror tiene como únicos límites la imaginación de un escritor.

El relato de terror ha llegado a su mayoría de edad en el siglo XX. Ya no consiste simplemente en el recitado de un acontecimiento que se sale de lo normal o la relación de los hechos de un fantasma, sino que más bien es una historia de gente..., gente que reacciona ante la oscuridad y el

lado oscuro del alma, donde el control ha sido eliminado y el caos es una amenaza. En 1765, Horace Walpole creó el género «gótico» con su historia de fantasmas *El castillo de Otranto*, y nos dio la pauta y el estado anímico del moderno relato de terror. Cada escritor de terror que le ha seguido añadió un poco más al género, de tal forma que hoy podemos ser asustados en cualquier sitio, en cualquier lugar y por cualquier persona... o cosa. El horror ha salido sigilosamente del castillo y se ha metido en *cualquier* rincón oscuro.

Pero «eso» —sea cual fuere el «eso» que nos da miedo en un relato— debe ser creíble. Para ello hace falta habilidad. Cualquiera puede hacer que una persona se estremezca (imagine que está resbalando por una barandilla que se transforma en una navaja... ¿Ha sentido un leve escalofrío interior?), pero crear un relato alrededor de ese estremecimiento y hacer que la historia y los personajes cobren vida requiere un talento que se sale de lo normal. En *Magazine of Fantasy & Science Fiction* sentimos un gran placer cuando nos encontramos con un talento semejante. Cuando leemos un manuscrito, lo primero que buscamos, por encima de todo, es la calidad de la escritura y el arte del escritor, la sangre no es importante. Ocurre demasiado a menudo que el escritor principiante, quizá influido en exceso por las películas actuales de «terror» donde reinan las puñaladas y los degollamientos, cree que son los ríos de sangre lo que hace funcionar el terror. Las mejores historias de terror son las que crean una obra con nuestras mentes y temores como intérpretes, no con nuestros impresionables estómagos.

Desde su fundación, el *Magazine of Fantasy & Science Fiction* ha publicado relatos de terror que se han colocado entre los mejores de su género, y los relatos elegidos para esta antología se encuentran entre lo mejor de esos relatos. Al crear esta antología hemos intentado incluir relatos para todos los gustos. Por ejemplo, «El infierno de Balgrummo»,

de Russell Kirk, tiene un decidido sabor antiguo. Utiliza muchas convenciones de la historia tradicional de terror gótico, aunque está ambientada en el mundo actual. Es una de las historias más aterradoras que jamás se hayan escrito. Por otra parte, «El Gregory de Gladys», de John Anthony West, conseguirá que usted ría..., aunque puede tratarse de una risa algo nerviosa.

Mientras que John Anthony West le hará lanzar una risita nerviosa, en esta antología hay más relatos de la variedad mire-por-encima-de-su-hombro-y-cierre-la-puerta. «Aguas que suben», de Patricia Ferrara, es un relato escrito con elegancia e increíblemente fantasmagórico, mientras que «La vieja oscuridad», de Pamela Sargent, puede hacer que su factura de la electricidad suba hasta el cielo. Para quienes prefieran un poco más de ciencia y ciencia ficción mezclada con terror, «La autopsia», de Michael Shea, se encargará de proporcionárselo..., y mucho más que eso. Con todo, el elemento básico que tienen en común los relatos que componen esta variadísima colección es que todos son de una calidad excepcional, que han sido escritos por personas de considerable talento, y que su propósito declarado es provocar tanto miedo que a uno se le caigan los calcetines.

Los relatos de terror, y en particular los de esta antología, son piezas de artesanía delicadamente labradas que nos recuerdan siempre: «¡Tened cuidado!». Incluso el objeto más minúsculo de nuestro mundo puede volverse contra nosotros, extinguir la luz, apagar el fuego y dejarnos a solas en la oscuridad, esperando...

Así pues..., cierre las puertas, encienda todas las luces (pero, por si acaso, tenga a mano una linterna), instálese cómodamente, pase la página, lea y disfrute con la escurridiza sombra del miedo.

¡Y tenga cuidado!

ANNE DEVEREAUX JORDAN

Ventana

BOB LEMAN

Bob Leman es uno de los más interesantes y valiosos colaboradores de F&SF; con frecuencia suele utilizar una forma narrativa realista y contemporánea en la que introduce una escalofriante desviación, convirtiendo lo corriente en insólito y, a veces, en mortífero. «Ventana» se publicó por primera vez en F&SF en mayo de 1980, y es un excelente ejemplo de la técnica de Bob. Este sobrecogedor relato nos habla de un proyecto militar que está investigando la telequinesia y experimenta un increíble accidente: la desaparición de todo un edificio, junto con un investigador, y la aparición, en su lugar, de algo terroríficamente distinto de lo que parece ser.

—No sabemos qué diablos está pasando allí —le dijeron a Gilson en Washington—. Puede que sea un asunto bastante gordo. El chalado que está al mando ha intentado mantenerlo en secreto, pero el ejército se encargaba de la seguridad rutinaria, y el oficial jefe nos dio el soplo. Un proyecto de lunáticos. Al parecer, ha estado recibiendo fondos durante años sin que nadie le prestara mucha atención. Percepción extrasensorial, en nombre de Dios... Y puede que hayan encontrado algo. Al menos, eso piensa el coronel encargado de la seguridad. Averígüelo.

El chalado-que-estaba-al-mando era un profesor de psicología que vestía ropas arrugadas y se llamaba Krantz. El profesor y el coronel recibieron a Gilson en el aeropuerto, y los tres se dirigieron directamente a la sede del proyecto en un sedán del ejército. El coronel empezó a hablar sin perder ni un instante.

—Gilson, tiene usted aquí algo francamente raro —dijo—. Nunca he visto nada parecido, y no hay nadie que tenga ni idea de lo que es. Krantz está tan desorientado como todos los demás. Y el proyecto es su hijito. Nosotros sólo nos encargamos de la seguridad, aunque hasta el momento no nos había hecho falta, desde luego. Ni siquiera hacía falta mantener el secreto, salvo para evitar que el público se riera hasta reventar. Lo que han montado aquí es...

—Doctor Krantz —interrumpió Gilson—, sería mejor que me trazara usted un panorama completo de cuál es la situación. Por el momento no tengo la más mínima información.

Krantz estaba muy ocupado encendiendo un cigarro. Exhaló una nube de humo appestoso y, a través de ella, dijo:

—Nos falta un edificio prefabricado, un ordenador, cierto equipo médico y... esto..., un investigador llamado Culvergast.

—Explique eso de «nos falta» —dijo Gilson.

—Se han ido. Han desaparecido. Un edificio y cuanto había dentro de él. Ya no está aquí. Pero tenemos algo a cambio.

—¿Y de qué se trata?

—Creo que será mejor esperar y que lo vea por sí mismo —contestó Krantz—. Estaremos allí en pocos minutos.

Cruzaban los límites del área metropolitana, consistentes en una mísera serie de suburbios que antes habían sido pueblecitos. La autopista serpenteaba por el valle que había junto al río, y los pueblecitos se esparcían a lo largo de la orilla, ninguno de ellos con más de uno o dos bloques de edificios, con sus callejuelas laterales subiendo empinadas cuestas hacia el primer risco. En una de esas moribundas comunidades dejaron la autopista; ascendieron dando brinco por un retorcido camino que trepaba por la colina, cuya superficie cambió de adoquines a grava después de que hubieran dejado atrás las casas. Más allá de la cresta del risco, el camino empezó a bajar tan abruptamente como había subido antes; después de aproximadamente medio kilómetro dieron la vuelta para meterse por un sendero cuya entrada le habría pasado por alto a quien no estuviera prevenido. Ahora se hallaban en un bosque. Los árboles no eran los originales, pues habían sido replantados, pero la primera tala tuvo lugar hacía tanto tiempo que el lugar bien podría haber sido una tierra virgen, altiva, silenciosa y un tanto lúgubre en ese día gris.

—Muy bonito —dijo Gilson—. Y, de todas formas, ¿cómo ha venido a parar hasta aquí semejante proyecto?

—El lugar estaba disponible —dijo el coronel—. Ha estado disponible desde la Segunda Guerra Mundial. Lo pre-

pararon para hacer ciertos trabajos sobre detonadores de contacto. Lo cerraron en el año cuarenta y ocho. Estuvo sin ocupar hasta que el profesor decidió quedárselo.

—Culvergast es un tanto excéntrico —dijo Krantz—. No quería trabajar en la universidad..., demasiada gente, decía. Cuando oí decir que el sitio se encontraba disponible, hice una petición y lo conseguí..., junto con el coronel, aquí presente. Culvergast parecía encontrarse a gusto con el arreglo, pero supongo que tiene un tanto preocupado al coronel.

—Es un chiflado —dijo el coronel—, y sus pequeños colaboradores son todavía peores que él.

—Bien, ¿qué diablos estaba haciendo? —preguntó Gilson.

Antes de que Krantz pudiera contestar, el chófer frenó ante una puerta de alambre que bloqueaba el camino. Estaba asegurada con una gruesa cadena y vigilada por soldados con armas. Uno de ellos, metralleta en mano, se asomó por la ventanilla.

—¿Todo bien, señor? —preguntó.

—Todo bien y además llevamos bollos, sargento —contestó el coronel. Evidentemente, era una contraseña. Uno de los soldados abrió el enorme candado que mantenía asegurada la cadena—. Bastante primitivo —dijo el coronel mientras avanzaban dando tumbos por el camino de acceso—, pero servirá hasta que consigamos el equipo adecuado. Tenemos hombres con perros patrullando la valla. —Miró a Gilson—. Ya hemos llegado. Adelante, sírvase una buena ración.

Era una casa. Estaba en el centro de un terreno despejado, en una isla de claridad solar, blanca, reluciente, y completamente fuera de lugar. A su alrededor se encontraba el negro enredo del bosque bajo un cielo sin sol, pero, sin que fuera posible saber cómo, el sol brillaba sobre la casa, centelleando en sus pulidas ventanas y haciendo brillar los colores de los cuidados arriates de flores que la adornaban,

reflejando la límpida blancura de sus líneas sobre la grisácea superficie del claro, empequeñecido por las feas hileras de edificios prefabricados que parecían medio abandonados.

—No podía haber escogido un momento mejor —dijo el coronel—. Allí hace sol y aquí está nublado.

Gilson no le estaba escuchando. Había salido del coche y estaba contemplando el espectáculo, fascinado.

—Jesús —murmuró—. Igual que una maldita postal victoriana.

La casa estaba hecha de madera recubierta por complejas tallas, dibujos que parecían enloquecer en los aleros del tejado, trazado en pendiente, trepando de forma cada vez más elaborada a lo largo de torres y gabletes, embelleciendo las líneas de la fachada y delineando un largo y airoso porche. El espacio entre los grandes ventanales indicaba que había numerosas habitaciones y que eran muy amplias. Daba la impresión de que la casa era nueva, o quizá sólo fuera que estaba recién pintada, y que se la cuidaba con esmero. Un sendero de fina gravilla blanca conducía hasta una gran puerta para carruajes.

—¿Qué opina? —preguntó el coronel—. ¿Se parece a la casita de su abuelo?

A decir verdad, se parecía; era como la casa de su abuelo, más grande y perfecta, y vista a través de la lente de la nostalgia romántica, la casa de su abuelo, cuidada y mimada como nunca lo había sido la vieja granja.

—¿Y esto es lo que han obtenido a cambio de un edificio prefabricado? —preguntó a su vez.

—Uno igual que ése —contestó el coronel, señalando hacia una de las miserables construcciones—. Por supuesto que el edificio prefabricado podíamos utilizarlo.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Mire —dijo el coronel.

Cogió una pequeña piedra y la arrojó hacia la casa. La roca subió por el aire, llegó al punto más alto de su arco y

empezó a caer. De repente, ya no estuvo allí.

—Vaya —dijo Gilson—. Déjeme probarlo.

Arrojó la piedra como si fuera una pelota de béisbol y estuviera haciendo su mejor lanzamiento. La roca desapareció a unos quince metros de la casa. Contemplando el punto donde se había esfumado, Gilson se dio cuenta de que el suave césped de la pradera terminaba justamente bajo él. Allí donde terminaba el césped empezaban los hierbajos y piedras que formaban el terreno del claro. La línea de separación era absolutamente recta, y cruzaba el césped formando un ángulo. Cuando se acercaba al sendero, daba un giro de noventa grados y segaba la hierba, el sendero y las flores con idéntica y rectilínea precisión.

—Perfectamente cuadrada —dijo Krantz—. Unos treinta metros de lado. A decir verdad, es probable que se trate de un cubo. Sabemos que la cima se encuentra a unos veintisiete metros en el aire. Supongo que habrá unos tres metros de eso por debajo del suelo.

—¿«Eso»? —preguntó Gilson—. ¿«Eso»? ¿Qué es «eso»?

—Dele nombre y se lo puede quedar —contestó Krantz—. Un receptor de televisión tridimensional que tiene treinta metros de lado, quizá. Una bola de cristal cúbica. ¿Quién sabe?

—Las rocas que arrojamos... No dieron en la casa. ¿Adónde han ido las rocas?

—Ah. Ciertamente, ¿adónde? Conteste a eso y puede que tenga la respuesta a todo.

Gilson tragó aire.

—De acuerdo. Ya lo he visto. Ahora, hábleme de ello. Desde el principio.

Krantz se quedó callado durante un segundo; luego, con la seca voz de un conferenciante, dijo:

—Hace cinco días, el trece de junio, a las once y media de la mañana, tres minutos más o menos, el soldado Ellis Mulhivill, que estaba de guardia en la puerta, oyó lo que

luego describió como «algo parecido a una explosión que no hiciera ruido». Entró en el recinto, cerró la puerta a su espalda y vino corriendo al claro. Se quedó asombrado («atontado», fue su expresión) al ver esa casa de allí en el sitio que debía ocupar el edificio prefabricado de Culver-gast. Supongo que se debió quedar parado durante un tiempo, parpadeando y tragando saliva, intentando llegar a una especie de acuerdo racional con lo que le decían sus ojos. Luego fue corriendo al puesto de guardia y llamó al coronel, que me llamó a mí. Vinimos aquí, y nos encontramos con que habían desaparecido unos novecientos metros cuadrados de tierra, un edificio y el hombre que había en su interior, y habían sido reemplazados por esto con la misma limpieza que si hubieran clavado una chincheta en un tablero de corcho.

—Usted piensa que el edificio prefabricado ha ido al mismo sitio que las piedras —dijo Gilson.

Era una afirmación.

—Bueno, ni siquiera podemos estar absolutamente seguros de que haya desaparecido. Es imposible, eso de allí no puede estar donde lo vemos. Cuando aquí luce el sol, llueve sobre esa casa, y ahora mismo puede ver usted cómo brilla el sol sobre ella, en un día como éste. Es una ventana.

—¿Una ventana a qué?

—Bueno..., eso parece una casa recién construida, ¿no? ¿Cuándo construyeron casas como ésa?

—En mil ochocientos setenta u ochenta, o algo así...

—Sí —dijo Krantz—. Creo que estamos viendo el pasado.

—Oh, por el amor de Dios —musitó Gilson.

—Ya sé lo que siente. Y puede que me equivoque. Pero debo decir que eso es lo que parece. Quiero que oiga a Reeves. Ha estado aquí desde el principio. Es un licenciado que nos ayuda en el proyecto. ¡Reeves!

Un hombre bastante joven, muy alto y muy delgado, se irguió como si se desdoblara desde su posición anterior, agazapado sobre una máquina de aspecto extraño que se encontraba cerca de la línea que separaba la hierba de los guijarros, y fue hacia los tres hombres. Reeves estaba entusiasmado.

—Oh, desde luego que es el pasado —dijo—. Hacia el mil ochocientos ochenta. Mi chica cogió algunos libros sobre trajes de la biblioteca y las ropas encajan con esa década. Y los adornos que hay en los arneses de los caballos también son una buena pista. Eso lo saqué de...

—Espere un momento —interrumpió Gilson—. ¿Ropas? ¿Quiere usted decir que allí dentro hay gente?

—Oh, claro —dijo Reeves—. Una familia muy agradable. Mamá, papá, una niña, un niño, una viejecita que debe de ser la abuela o la tía. Un perro. Buena gente.

—¿Cómo puede usted saberlo?

—Oiga, les he estado observando durante cinco días. Están teniendo..., bueno, estamos teniendo un tiempo estupendo allí... o entonces, o como quiera usted decirlo. Se portan muy bien unos con otros; se aprecian. Buena gente. Ya lo verá.

—¿Cuándo?

—Bueno, ahora estarán cenando. Normalmente salen después de cenar. Dentro de una hora, quizá.

—Esperaré —dijo Gilson—. Y mientras esperamos, por favor, cuénteme algo más del asunto.

Krantz adoptó nuevamente su voz de conferenciante.

—En cuanto a su naturaleza, no hay nada que contar. Tenemos una ventana y creemos que da al pasado. Podemos ver por ella y, por lo tanto, sabemos que la luz la atraviesa; pero lo hace sólo en una dirección, como lo demuestra el hecho de que la gente del otro lado no se da cuenta para nada de nosotros. No puede pasar nada más. Ya ha visto lo que sucedió con las piedras. Hemos metido palos por la zona de contacto (no hay ni la más mínima resisten-

cia), pero lo que cruza esa superficie desaparece, y sólo Dios sabe dónde va. Lo que meta por allí, allí se queda. El palo queda limpiamente cortado. Fascinante. Pero, sea lo que sea, no está en el mismo lugar que la casa. Esa zona de contacto no esta situada entre nosotros y el pasado; está entre nosotros y... algún otro sitio. Creo que nuestra ventana de aquí no es más que un efecto colateral producido por casualidad, un... un retorcimiento del tiempo que es el resultado de las tensiones existentes a lo largo de esa zona de contacto, sean las que sean.

Gilson lanzó un suspiro.

—Krantz —dijo—, ¿qué voy a contarle al secretario? Ha dado por casualidad con lo que quizá sea el acontecimiento más importante de toda la historia, y se lo ha tenido callado durante cinco días. No sabríamos nada de todo esto a no ser por el informe del coronel. Cinco días perdidos. ¿Quién sabe cuánto durará este fenómeno? Los científicos más destacados del país tendrían que estar aquí..., tendrían que haber estado aquí desde el primer día. Para estudiar el fenómeno tenemos que usar todos nuestros recursos. Este lugar tendría que ser un avispero en estos momentos. Y, en cambio, ¿qué me encuentro? Usted y un licenciado lanzando piedras y hurgando con palos. Y una novia que se encarga de buscar fechas de trajes. Maldita sea, es prácticamente una negligencia criminal...

Krantz no pareció intimidado por sus palabras.

—Pensé que diría eso —le contestó—. Pero mírelo de otra forma. Le guste o no, este fenómeno no ha sido producido por la tecnología o la ciencia. Fue puramente parapsicológico. Si podemos reconstruir el trabajo de Culver-gast, quizá podamos descubrir lo que ocurrió; podemos ser capaces de repetir el fenómeno. Pero no me gusta nada lo que ocurrirá después de que haya llamado a sus científicos, Gilson. Empezarán a tomar medidas, a hacer pruebas, harán conjeturas y montarán teorías, y ni por un solo instante aceptarán la base real de lo que ha sucedido. Cuando ellos

lleguen, yo quedaré fuera del asunto. Y, maldita sea, Gilson, este fenómeno es mío.

—Ya no —contestó Gilson—. Es demasiado grande.

—Oiga, nosotros también hemos estado haciendo algunos experimentos por cuenta propia —dijo Krantz—. Reeves, háblele de su máquina bateadora.

—Sí, señor —dijo Reeves—. Verá, señor Gilson, lo que ha dicho el profesor no es totalmente cierto, ¿sabe? A veces algo puede cruzar la ventana. Lo vimos el primer día. Se había producido una inversión térmica por encima del valle, y el mal olor de la planta química se había acumulado durante una semana. La inversión se rompió ese día y el viento, al soplar, nos mandó la pestilencia hasta aquí. Un olor realmente horrible... Estábamos observando a la familia de allí dentro y, de repente, empezaron a husmear el aire, arrugaron la nariz y pusieron cara de disgusto. Supusimos que debía de ser el olor de las sustancias químicas. En ese mismo instante metimos un palo por la ventana, pero el extremo desapareció, como de costumbre. El profesor sugirió que quizá se hubiera producido una oscilación o algo parecido en la zona de contacto, algo que sólo existe en forma intermitente. Inventamos un artefacto para poner a prueba esa idea. Venga, échele una mirada.

Se trataba de una rueda horizontal con una paleta unida al borde, que sobresalía. Al girar la rueda, la paleta se desplazaba sobre una mesa. Encima de la mesa se encontraba una tolva suspendida y, a intervalos regulares, algo caía de la tolva a la mesa, siendo golpeado inmediatamente por la paleta, que lo mandaba volando por los aires. Gilson le echó un vistazo al interior de la tolva, y arqueó una ceja en señal de interrogación.

—Cubitos de hielo —contestó Reeves—. Teñidos de color naranja para que sean más visibles. Ese trasto manda un cubito de hielo a la zona de contacto cada segundo. Siempre hay alguien de guardia con un cronómetro. Hemos llegado a establecer que cada quince horas y veinte minutos